

BOSQUEJO BIOGRÁFICO

DE

N. S. P. EL PAPA LEON XIII.



I.

Con sentimientos de alta admiracion y de hincadísimo respeto acometemos hoy el intento de trazar un bosquejo biográfico del ilustre y sapientísimo Pontífice que con tanta prudencia y firmeza y con tanto lustre y gloria para la cristiandad gobierna actualmente la Iglesia universal, habiendo interpuesto más de una vez su altísimo ministerio para salvar la paz del mundo, aquietar las conciencias en grandes imperios y restablecer la concordia entre los pueblos y los príncipes. Propósito es este para nosotros tan dificultoso como atrevido, dada la escasez de nuestros conocimientos y la pobreza de los medios que poseemos, así como la alteza y magnitud del asunto de que queremos ocuparnos.

Sin que se vea que tratamos de sentar plaza de profetas, y aunque es temeridad indisculpable en cualquiera, siquier le adornen grandes títulos, y muchísimo más en quien no tiene absolutamente ninguno, el pretender anticiparse á los soberanos y definitivos juicios de la historia, abrigamos un íntimo presentimiento de que Leon XIII, al pasar su nombre á la historia, ocupará un alto, distinguidísimo y brillante lugar en el catálogo de los más grandes Papas que han regido la Iglesia católica, así por lo que respecta á su sabiduría como á los

profundos talentos políticos, á las grandes condiciones de carácter y á las eximias virtudes que como sacerdote y como príncipe le enaltecen.

II.

Muy pronto, dentro de tres meses, cumplirá el sumo Pontífice la edad ya bastante avanzada, aun para los que ocupan aquel altísimo sólio, de 77 años. Nació en efecto, el 2 de Marzo de 1810, viniendo al mundo en el pueblo de Carpineto, villa de mediano vecindario, perteneciente al distrito de Anagni. Fueron sus padres los condes Ludovico Pecci y Ana Prosperi de Cori, que pertenecían á la nobleza de segundo grado, ó sea á los que en el lenguaje feudal se llaman *valvasores*, que son unos señores subalternos vasallos de otros más poderosos y de jurisdiccion más extensa. Algunos ascendientes de la familia Pecci se distinguieron en la carrera eclesiástica, y tambien en las armas y en las letras. Varios de los antepasados del actual Pontífice sirvieron valerosamente á los Reyes de España en puestos distinguidos de la milicia durante los reinados de los monarcas de la casa austriaca y del primer Borbon. Un tercer abuelo de Leon XIII fué coronel y Maestre de campo en tiempo de Felipe V. Mas el esplendor y la gloria que este linaje haya recibido ó pudiera recibir de sus antepasados quedan muy desvanecidos y eclipsados ante la fama y la refulgencia y las méritos insignes de la gloriosa carrera de Joaquin Pecci, hijo menor de los condes Ludovico y Ana.

Desde muy niño empezó á despuntar el jóven Joaquin Pecci y á prometer los brillantes frutos que andando el tiempo deberia dar. En las primeras aulas superó muy luego, no solo á sus hermanos, mayores en años, sino á todos sus contemporáneos, por la viveza y la lozanía de su ingenio y la sinceridad de sus sentimientos piadosos. Aparte de sus dotes intelectuales, que eran sobresalientes, era cuando mancebo hermoso y gallardo de cuerpo y de aspecto gentil y lleno de donaire y noble apostura, y segun el decir de un biógrafo se podria de él repetir con justicia aquel conocido verso del poeta:

In bel corpo virtude appar piú bella.

Salido de la infancia fué á cursar las humanidades y las ciencias con los Padres de la Compañía de Jesús, primero en el colegio de Viterbo, y despues en la universidad de Roma. Por su claro entendimiento, por su aplicacion y por su disciplina se hizo notar pronto, y

estimar y distinguir entre sus condiscípulos. Notables y sólidos al par de rápidos fueron los progresos que en el estudio hizo. Siendo todavía muy mozo, vistió el hábito eclesiástico, aún no cumplidos los 18 años; á los 19 regentaba una cátedra como repetidor de filosofía en el colegio Germánico; á los 20 disputó públicamente en teología; á los 21 recibió la borla de doctor en las ciencias sagradas; á los 24 obtuvo igual investidura en ambos derechos; á los 27 recibió el orden del presbiterado, y á los 28 alcanzó la dignidad de prelado. Por esta enumeracion se ve que el abate Pecci salvaba con paso de gigante la via que habia de conducirle á las más altas dignidades eclesiásticas.

Su piedad acendrada, el ingenio agudo, penetrante y lozano que le distinguía, sus costumbres severas, sus maneras decorosas y distinguidas, llamaron la atencion de aquel Papa tan sagaz y tan perspicuo que se llamó en el mundo Mauro Capellari y en el sólio Gregorio XVI, el cual le juzgó digno y capaz de gobernar con madura prudencia, energía y acierto las provincias de Benevento y de Perugia. No era, á la verdad, negocio liviano ni hacedero, y así lo sentia el Papa Gregorio, regir un pueblo en nombre del príncipe en circunstancias excepcionalmente difíciles y en tiempos en que ya se sentia rugir á lo léjos aquella tempestad que habia de producir una inmensa revolucion. Siempre fueron consideradas Benevento y Perugia como provincias de difícil y delicado gobierno, y sus capitales ciudades descontentadizas y un poco levantiscas. Luchando contra estos antecedentes, el delegado Pecci tuvo inesperada fortuna en su gobierno, y en él se condujo con tanta habilidad como tacto y destreza: en Benevento fué temido y amado al mismo tiempo, y logró purgar aquella tierra tan alborotada y conmovida de los bandoleros y ladrones que la infestaban: en Perugia, con cuya vida se identificó completamente andando el tiempo, llegó no sólo á ser amado, sino casi adorado.

El dia 25 de Setiembre de 1841 lo fué de mucho júbilo y algazara para los impresionables y demostrativos habitantes de Perugia: el Papa Gregorio la hizo una visita solemne, y con este motivo hubo grandes festejos y demostraciones populares. No las buscaba el Pontífice, ni ese era el objeto que le llevaba á aquella ciudad: otros eran su pensamiento y su idea, y tuvo ocasion de ratificarse en el juicio que anticipadamente habia formado de las relevantes dotes que adornaban al jóven prelado que con sus actos administrativos y con su consumada pericia demostraba ser un sábio regidor de provincia y

conocer á maravilla el arte difícilísimo de hacer amar al gobierno y á su soberano en tiempos que no eran bonancibles para fomentar estas inclinaciones.

En 1843, el delegado de Perugia recibió un merecido ascenso en su carrera, siendo consagrado arzobispo de Damietta *in partibus*, y enviado enseguida como Nuncio á Bélgica cerca de la córte del Rey Leopoldo I, príncipe protestante, aunque jefe de una familia y de una nacion católicas. El jóven Nunció acababa de cumplir 33 años. Una vez instalado en Bruselas, bien presto comprendió entre qué nueva gente se encontraba, bajo qué nuevo cielo vivía y qué otra córte tenía que tratar: sin embargo, tan cuidadoso estudio hizo, tan flexibles eran sus talentos y tan amables sus dotes, que no tardó en ganarse la absoluta confianza del soberano, la reverencia de la córte, el amor de los pueblos y aún el respeto de los mismos enemigos. Repugnándole por naturaleza el uso de los temperamentos hipócritas y de ciertas vías solapadas, muy preconizadas en la política al uso, nunca quiso ni pudo disimular su pensamiento y sus razones: hizo tocar con la mano en aquel liberalísimo reino cómo la iglesia de Roma no pone en tela de juicio la forma de la soberanía y los principios en que se basa, y que la Religion Católica, léjos de contrariar el progreso civil, lo secunda y protege. Por su iniciativa y con su proteccion se restablecieron los ritos y la pompa del culto, del ardor de la fé surgieron nuevas comunidades, volvieron otras á sus antiguos claustros, se multiplicaron las casas de educacion religiosa, y la Religion y la Iglesia Católica fueron más que nunca respetadas y honradas.

El Nuncio Pecci encontró su delicia en el estudio de las costumbres y de los hábitos de aquella industriosisima nacion. Acordándose de la sentencia del sábio, que dice que el hombre instruido, visitando los varios países de las gentes extrañas, observa en los hombres el bien y el mal para convertirlo en su propio pro, aprovechó fructuosamente los pocos ócios de su nunciatura, visitando Francia, Holanda, las riberas del Rhin é Inglaterra. Sin duda que al ejercicio de sus funciones diplomáticas debe Leon XIII la adquisicion de aquel exquisito sentido y aquella altísima prudencia que le guió despues constantemente, en todos los períodos y pasos de su carrera, y que él solia llamar exactamente con Gregorio Magno, *abbatissa virtutum* la cual hoy resplandece más brillantemente que nunca en los actos todos de su pontificado.

III.

El rey Leopoldo le honró con varias mercedes y distinciones, confiriéndole, entre otras, la cruz de comendador de la orden que lleva su nombre. Pero el período de la vida diplomática de Monseñor Pecci tocaba á su término.

El 16 de Abril de 1845 murió el obispo de Perugia, un excelente prelado que se llamaba Monseñor Cárlos Filesio, de la familia de los marqueses Cittadini. Huérfana la ciudad de un pastor venerable y virtuoso, al punto se acordó de su antiguo delegado, y pujándosele á la córte del rey de los belgas, se lo pidió al Papa Gregorio por su obispo y lo obtuvo despues de reiteradas súplicas, y en efecto, el Nuncio en Bélgica Monseñor Joaquin Pecci fué promovido el 15 de Enero de 1846 á la silla episcopal de Perugia. Poco despues murió su constante é ilustre favorecedor el Papa Gregorio, y al par que el nuevo obispo tomaba posesion de la insigne cátedra de los Constancios y de los Herculanos, el cardenal Juan M.^a Mastai Ferreti ascendia, con el nombre de Pio IX, á la de San Pedro en Roma.

Los tiempos habian profundamente cambiado; hombres nuevos se apoderaban del timon de la cosa pública; la excelsa península sintió con poderosa fuerza afectos de amor, y desde los picos helados de los Alpes á la isla del Fuoco, del uno al otro de los mares que la circundan, todos los italianos, unidos en un solo corazon y con una voz sola en los lábios, rebosantes de alegría, vueltos sus ojos al alma Roma, saludaban arrebatados de entusiasmo el sol de libertad y de paz que, surgiendo de las ondas del sacro Tiber fulgidísimo resplandecia en la colina del Quirinal.

El nuevo obispo hizo su entrada solemne en la capital de su diócesis el 26 de Julio de 1846: brillantísima, cariñosa y halagüeña por extremo fué la acogida que tuvo; reinaba confianza universal y todos auguraban una era de pontificado gloriosa y fecunda, así para los intereses religiosos é intelectuales de la ciudad como para su fomento material y engrandecimiento. La actividad del sábio prelado confirmó muy luego las esperanzas concebidas y los juicios anticipados, dictando providencias é iniciando medidas todas con excelente criterio de rechamente encaminadas á mejorar y perfeccionar la administracion eclesiástica y civil de la provincia.

Incesante fué, extraordinaria é ilustrada la vigilancia que ejerció en la direccion y gobierno interior de los diversos institutos, tanto religiosos como seculares, algunos de ellos por él creados, dotados ó ensanchados, y señaladamente el solícito y ardiente amor de padre con que siguió el desarrollo y crecimiento del seminario de Perugia, magnífico plantel de Sacerdotes, uno de los más reputados que habia en los Estados pontificios, tanto por la sabiduría de sus profesores como por la severa disciplina que en su régimen doméstico reina. Uno de los más entusiastas, al par de los más puntuales biógrafos del Papa Leon XIII, Monseñor Jeremías Brunelli, Rector actual de aquel seminario, al ocuparse de la paternal solicitud, de los continuos desvelos y de los trabajos del obispo para engrandecer aquella casa de enseñanza, refiere varios hechos que demuestran el incansable celo, la continua vigilancia y la portentosa laboriosidad con que Monseñor Pecci, de día y de noche, á todas horas y en todos los momentos, se ocupaba hasta de los menores detalles de aquel instituto como de los demás puestos bajo su autoridad y gobierno, no ignorando ni pasando desapercibida la más leve falta.

A prelado de tan singulares y altas dotes, no debian hacerle esperar nuevos honores y dignidades más excelsas: el 19 de Diciembre de 1853 fué creado cardenal con el título de San Crisógono. El ideal del cardenal, ha dicho uno de los más eruditos de los doctrinarios políticos italianos, el publicista y ex-ministro Ruggiero Bonghi, es muy alto, y del eminentísimo Pecci se ha podido decir que cumplidamente lo habia realizado en sí mismo. Es Leon XIII doctísimo en letras humanas, y conoce á fondo lo mismo los clásicos antiguos que los de la edad moderna. Sabe de memoria á Horacio, á Virgilio, al Dante y á Milton, y sin querer, insensiblemente recita literalmente largos trozos con una pureza de diction, un sentimiento y una entonacion admirables. A este tenor cuéntase que cuando residia en Perugia, gustaba de sorprender á los discipulos del seminario á horas muy matinales en las cátedras, ocupando muchas veces y con gran lucimiento el puesto del profesor que se retrasase algun tanto en la hora.

La muerte del cardenal de Angelis dejó vacante el puesto de Camarlengo de la Santa Iglesia, dignidad eclesiástica de las mayores y entonces mucho más importante y de más significacion á causa de la avanzada edad de Pio IX, el cual al llamar el 21 de Setiembre de 1867 al cardenal Pecci á aquella excelsa dignidad, invitóle así mismo á que

pasara á residir á Roma. Hemos leído en una vida de Leon XIII una anécdota característica de esta época, que patentiza á la vez el ingenio festivo y donoso de Pio IX, y el sentido y la trascendencia que él mismo atribuía á la promoción del nuevo Camarlungo. Había sido despojada sacrílegamente la imagen de Nuestra Señora del Rosario en una de las iglesias de Perugia, del magnífico cetro y corona que la adornaban, y el Papa, generoso y caritativo siempre, donó otras alhajas para reemplazar á las robadas. Ocurrió este hecho próximamente en los días de la elevación del cardenal Pecci, y hablando de él el ilustre Pio IX, en tono de familiar chanza, delante de varios cardenales, les dijo:—Ya veis que he entregado á Pecci el cetro y la corona.—No es esta la única indicación profética de la futura exaltación del cardenal Pecci que hemos advertido en las varias noticias biográficas que llevamos repasadas, Consignan otros hechos, corroborados por testigos respetables y fidedignos, que rayan verdaderamente en lo maravilloso, como la carta de un conocido abogado de Nápoles que, escribiendo con motivo de una desgracia de familia á un pariente suyo de Perugia, á fines del año 1877, le pronosticaba la próxima muerte del Pontífice reinante y la elevación al sólio pontificio del diocesano de aquella ciudad.

Estos anuncios más ó menos proféticos, las esperanzas, los cálculos y las combinaciones de los más egregios príncipes de la Iglesia, tuvieron efectivamente una confirmación espléndida al ocurrir el fallecimiento del insigne Pio IX. En el sapientísimo, prudente y enérgico cardenal de San Crisógono, en aquel hábil y esclarecido prelado, italiano de patria, natural de los Estados de la Iglesia, experimentado como pocos en los negocios de gobierno, conocedor de las Cortes extranjeras, ejemplo y modelo de obispos, residiendo por más de 32 años en la misma sede, docto en teología, en derecho y en filosofía, eximio en la literatura clásica, rico de tantas virtudes, terso y cristalino en sus costumbres, dulce, piadoso, ferviente por la causa del reinado de Cristo y por los derechos de la Iglesia de Roma, por muchos títulos y causas ya celebre en el mundo, considerado y amado por toda clase de personas y respetado hasta de sus propios enemigos, se reunieron acertadamente los sufragios de los príncipes electores el 20 de Febrero de 1878, al tercer escrutinio y después de solas 36 horas de cónclave. Pocos ó ninguno más rápidos y cuyo resultado se saludase con más genuino júbilo y con esperanzas más consoladoras.

El eminentísimo Joaquin Pecci, cardenal de San Crisógono, obispo de Perugia y Camarlengo de la Santa Sede, al ascender al s6lio y recibir la triple diadema, adopt6 el nombre de Leon XIII, que habian usado algunos de los m6s insignes y gloriosos Papas, y su coronacion se celebr6 entre las albricias de Roma, las aclamaciones del mundo entero y la congratulacion de los principes seculares.

Al saludar el advenimiento del nuevo Papa, en todas partes se pregunt6 con vivo inter6s, ¿cu6les ser6n su mente, su pensamiento, la direccion de su pol6tica? La idea, el pensamiento, la pol6tica de Leon XIII ya son conocidos del mundo todo; se han desenvuelto magestuosamente en los ocho a6os que lleva de pontificado. Pocos tan grandes, tan hermosos y tan fecundos en altas 6 imperecederas obras espirituales. Su pensamiento, su mira dominante, el principio superior que rige su conducta son los mismos de Cristo: conquistar el mundo por la fortaleza y mansedumbre del Evangelio; son los mismos del primer Papa Simon Bariona: abatir 6 los mendaces y 6 los hip6critas y hacer que desde Roma triunfe la Cruz en el orbe entero; son tambien los mismos de su magno antecesor Leon I: salvar Italia y en Italia la f6 de Cristo; tiene la misma mente que anim6 y movi6 al gran Inocencio III, su conciudadano: trabajar perseverantemente para que el nombre del romano Pont6fice sea acatado y reverenciado en el mundo, predicando 6 los pueblos la obediencia, y 6 los principes la justicia y la equidad. En una palabra: el esp6ritu y el pensamiento de Leon XIII rigiendo la Iglesia, no han sido ni han podido ser otros que los de Gregorio VII, de Alejandro III y de Pio VII: amar la justicia y odiar la iniquidad, aun cuando por fruto de esta obra haya el deber, 6 de expirar sobre una cruz como San Pedro, 6 de morir en el destierro como Pio VI.

Ninguna de las grandes cuestiones europeas que se han agitado desde el a6o 1878 ha pasado desapercibida para la vigilancia y el g6nio del Pont6fice: ni una sola se ha sustraído 6 su profundo y detenido estudio, se6aladamente aquellas que se refieren 6 las relaciones de la Iglesia con el principado civil. Los dif6ciles y pavorosos problemas que tanto preocupan y conmueven 6 la sociedad contempor6nea, han recibido, al ser examinados y juzgados por Leon XIII, destellos luminos6simos de su perspicuo y penetrante juicio. No ser6a posible, dentro de los restringidos l6mites de un corto estudio biogr6fico, se6alar uno por uno todos los actos, todos los trabajos apost6licos, todas las

Encíclicas que ha publicado, todas las importantes negociaciones que ha promovido, dirigido ó concluido el Papa reinante. En primer término, sus Encíclicas han alcanzado fama universal por su elocuencia y sabiduría, y todas reunidas, las hasta ahora publicadas, constituyen una de las más brillantes y admirables colecciones que se conocen. Ni siquiera nos es posible formar el índice de las cuestiones y temas á que se refieren estas magníficas expresiones de la ciencia y de la inspiracion del romano Pontífice. Entre las que más efecto causaron, las que más indeleble recuerdo han dejado, las que nunca serán olvidadas, se cuentan las que son conocidas con los títulos de: *Unigenitus dei*, *Humanum genus*, *Unam Sanctam*, *Inmortale dei*, en las cuales se han analizado y dilucidado, á la luz de la fé y del dogma, las más árduas cuestiones que pueden interesar á la vida de la humanidad.

IV.

Esencial y poderosamente ha contribuido Leon XIII con sus consejos y con el prestigio de su altísima autoridad á resolver pacífica y armoniosamente cuestiones irritantes y gravísimas que estuvieron á pique de provocar conflagraciones espantosas, y en esta línea no debemos olvidar que España y Alemania le deben un servicio señaladísimo y de inapreciable valor moral. Resolviendo al cabo la escabrosa y complicada cuestion de la gerarquía católica en Escocia, poniendo término al secular litigio del patriarcado de las Indias orientales, llevando la paz y la concordia á la Iglesia de Oriente, reivindicando y afirmando la libertad y la independencia de la Iglesia en China, dando vigoroso impulso á los estudios científicos y filosóficos en todas partes, ensanchando considerablemente la esfera de accion de la *Propaganda Fide*, abriendo á la curiosidad científica los ricos archivos secretos del Vaticano, prestando todo su poder y toda su influencia para la pacificacion de las conciencias en uno de los grandes imperios europeos, y llegando á lo que se juzgaba casi increíble: la reconciliacion religiosa y política con el potentado aleman, dotando á las iglesias de Italia y de Alemania de los más sábios y dignos prelados, y elevando á la púrpura á los más grandes luminaires de la Iglesia, sin distincion de origen ni de nacionalidad, ha conquistado Leon XIII timbres y títulos valiosos al respeto, á la admiracion y á la gratitud de los católicos, y á la justa consideracion é imparcialidad de la historia.

Bajo el punto de vista del arte literario, no son ménos altas la excelencia que ha alcanzado y la incontestable y universal fama de que disfruta. Todos los ingenios peregrinos y cultos admiran bajo este aspecto al Papa Leon XIII, que posee á una con la grandeza de la ciencia y con la abundancia del númen, la elegancia, la pulcritud y el arte más consumado en el decir; estas eximias dotes le permiten prestar luz, aun en obras puramente amenas y ligeras, al género humano. Difúndese por do quiera su fama, pareja á su valor, aun en el dulce y encantador arte de la poesía, porque él, enamorado fuertemente del ideal más puro y más bello, habiendo en el estudio de árduas disciplinas unido siempre, con el cultivo de las letras, la afición á aquella arte divina, de la cual se prendó de amor desde las primeras divagaciones de la adolescencia, no ha podido nunca, elevado á los más eminentes cargos y á las más tremendas responsabilidades, olvidar en el curso de los más graves negocios, ni siquiera en la altura del poder soberano, á sus amadas musas. Convienen los biógrafos en que le son tan familiares y tan predilectos como San Agustín y Santo Tomás, Tulio, Virgilio, Horacio y Dante; mas se asegura que su trato con ellos es tan frecuente, tan íntimo, tan entusiasta y apasionado, que los sabe de coro; y todavía á su avanzadísima edad recita largos trozos con memoria clara é indefectible, con magnífica y sonora entonación y con todo el fuego y el brío de la juventud. En todos sus escritos resplandecen los reflejos y las huellas del espíritu y del estilo de los autores áureos, y puede con razon enorgullecerse Italia de que en las riberas del Tiber, desde la sagrada roca del Vaticano, oye aún, en grave y magestuoso tono, brotando de los lábios de un Papa, la lengua de los antiguos romanos.

No hace mucho que con el objeto de favorecer un hermoso fin caritativo y fomentar al propio tiempo la instrucción de las clases menesterosas, se publicó una elegantísima y primorosa edición de las poesías latinas de Leon XIII, la cual, despues de su principal y subido mérito literario, es una exquisita joya del arte tipográfico en Italia. Es un libro delicado, bellissimo, interesante y precioso, que debe adornar todas las librerías de los hombres de buen gusto.

Hablando de las poesías comprendidas en esta excepcional colección, un crítico tan eminente por su saber, como por su buen gusto y por su entendimiento penetrante, el ilustre monseñor Luis Rotelli, obispo de Montefiáscone, dice poco más ó ménos estas palabras:

«Es la lengua purísima; el estilo vibrante; expresivo el epíteto; incisiva la frase; el verso espontáneo.» Hablando de determinada composición, añade: «El *inane fulmen* de Jove y de Quirino, el *juvenile pectus* presentando al hierro y al fuego, el *fons peramena florum defluens*, la pálida é incierta luz de la cárcel en la cual entra el animoso leviano —*luce pallenti vigilans ad umbram*;— el cuerpo muerto que yace en el fango—*corpus in limo jacet interruptum*—el Pontífice que en medio del mar borrascoso vuelve la vista á los altos montes de la suspirada orilla, como Dante que, *despues que fué llegado al pié de una colina miró á lo alto y vió sus espaldas vestidas ya de los rayos del planeta*; ó mejor dicho, no de otra manera que David, que, traicionado y privado de su corona por su hijo Absalon, levantó sus ojos á los montes, de donde sabría le vendría la ayuda—*spe bona certa que levare in altos lumina montes*, etc. etc.» Estos y otros semejantes nobilísimos conceptos cristianos, expresados por Leon XIII con la lengua y con el metro del poeta venusino, son otras tantas joyas inestimables con las que fulgura la diadema de la musa siempre jóven del augusto patriarca del Vaticano.»

Sábese que el Papa reinante es arregladísimo en sus costumbres; muy moderado y frugal en la comida; austero y sencillo en todo el régimen de su vida; trabajador incansable y heróico; que estudia continuamente; que duerme poco, vela mucho y es gran madrugador y tiene la vista siempre fija hasta en los menores detalles del gobierno de su palacio y del mundo católico. Un escritor católico francés, cuyo entusiasmo admirativo se ha apagado bastante por causas especiales, refiere que Leon XIII es el hombre que más vigila en Roma desde la altura del Vaticano.

Su posición en la capital del reino itálico se ha hecho estos últimos años muy difícil, y cada vez más incómoda y violenta. Algunos presienten gravísima crisis como muy próxima. Lo mismo le acontece en sus relaciones con Francia, á pesar de su cordura, de su tacto y de su prudentísima paciencia.

Estos últimos días se ha dicho que á pasos precipitados se venía encima el desenlace, y que Leon XIII, para definir el carácter agudo de la situación ha proferido delante de los cardenales la siguiente sentencia: «Una tremenda tempestad se avecina; debemos aperecernos á una lucha encarnizada.» ¿Será profético este terrible presentimiento? ¿Estarán abocados Italia, Europa y el mundo entero á una

convulsion de órden espiritual y religioso pavorosa y de incalculable trascendencia?

Vamos á concluir este artículo, recordando que en las viejas profecías del famoso Nostradamus, la divisa señalada á este Pontífice es: *lumen in caelo*.

CAMILO DE VILLAVASO.

Bilbao 14 de Diciembre de 1886.

NEGUKO ARRATSETAN SU ONDOAN KONTU-KONTARI

FERNANDOREN ATERALDI BAT.

Bazijoan beñ Fernando Amezketakoa zeukan soñik onena jantzi-rik.

Bidean arkitu zuen is̄kribaua, eta onek ala apaindua ikusirik, gal-
detu zion:

—Baña Fernando ¿zér zabiltza orrela apaindurik?

—Ara jauna-erantzun zion-iñondik eziñ bizimodurik atera nuen, eta ikazkintzara joatea gogoratu zait.

—¿Ikazkintzara zoaz? ezta ikazkintza chit ofiziyo ona: sekula ez det aditu ikazkiñik zeruan sartu danik.

—Bai jauna, bai: bat sartu omen zan beñ, eta nola aiñ gauza arri-
garriya zan, erabaki omen zuten Zeruan is̄kriturak egin bear zirala, asi omen ziran ortarako is̄kribau-billa, eta bat bera ez omen zuten ar-
kitu Zeru guztian.